

¡Esperar! esta es una palabra que no me ha gustado nunca. ¡Esperar para saber si había tenido en mis brazos durante una hora esa adorable mujer! ¡Esperar para dilucidar un punto tan interesante para un moralista como para mí, curioso para un sabio como punto de ciencia! Una mujer de alta clase, joven, bella, distinguida, rica, bien casada y respetada de todos, podía llevar la depravación hasta el extremo de prostituirse en un sitio tan bajo?

Pero no había necesidad de esperar; ¿no había hablado el conde de un baile que se daba aquella misma noche en el casino, al cual pensaba asistir?

Sin duda le acompañaría su mujer. Entonces no estaría ya sentada ni cubierta de piés á cabeza. Me sería posible examinarla y disecarla.

Miré el reló; eran las nueve. Ya era hora de dirigirme hacia el casino.

XX

Al ir andando, me iba á la vez diciendo :
« Muy facil es que no la vea esta noche. Encontrará algún pretexto para quedarse en casa, y quizá mañana mismo encuentre pretexto para marcharse de Luchón. Si es la mujer que supongo, no tendrá bastante valor para ponerse delante de mí, aunque no sea más que por pudor y por prudencia.»
Pero mis dudas fueron muy pasajeras :
« Desde el primer momento, añadí, ha tenido bastante aplomo para que tenga miedo

á hacerse traición más adelante. Además, creo que es bastante inteligente para cometer una torpeza. Si tratara de no verme, sustraerse á mis miradas y emprender la huida, esa precisamente sería su falta y su confesión más clara : de todas maneras viene, porque si no tiene ninguna conexión con la otra, no hay una razón para que cambie de idea, y si por el contrario, es ella y se figura que no ha sido reconocida, vendrá también para no despertar mis dudas; y si, por último, supone que la he reconocido, vendrá con más motivo en la esperanza de despertar mis dudas, pagándome en audacia. »

No me había engañado. Gastón de B... que me encontró á la entrada del jardín del Casino me dijo que el Conde y la Condesa habian llegado hacía un rato.

No me apresuré en ir á buscarlos. Quería que hubiera más gente en el salon de baile para poder entregarme al estudio y análisis de la hermosa Gabriela como de-

rían sus íntimos, sin que ella lo notase y esperar á que se descubriese y se presentase en entera libertad.

Además, acababa de ver á la supuesta Domenil, y tenía mis razones para hacer conocimiento con ella lo más pronto que fuera posible.

El conde se ocupaba de esta mujer, según me habían dicho, y yo pensaba que podría serme útil un día, si poseía su amistad y me contaba en el número de sus amigos. Sucede algunas veces que por medio de las mujeres se averiguan secretos que uno no habría descubierto nunca por sí mismo.

Domenil se paseaba por unas de las alamedas del parque, en compañía de la rubia Lina de B... que en el transcurso de mi errante vida había sido una de mis más íntimas amigas, y era, por lo tanto, fácil la presentación. Esta tuvo lugar en las mejores condiciones, y como yo por aquel momento no tenía necesidad de otra cosa, me separé

muy pronto de estas señoras para dirigirme hacia el Casino.

El momento en que hice mi entrada era precisamente cuando había mayor número de parejas, bastante numerosas para poder ocultarme; no eran, sin embargo, un inconveniente para que pudiera contemplar á mis anchas á aquella que quería hacer objeto de mi estudio. Me encontraba delante de ese público medio aristocrático, medio plebeyo, que constituye el fondo de todos los casinos, compuesto de vecinos de la localidad, funcionarios, comerciantes principales, propietarios de los alrededores, mezclados con los bañistas venidos de París, de provincias ó del extranjero. El conjunto tenía buen aspecto y era agradable. Apenas podía contarse una ó dos virtudes sospechosas entre aquellas madres de familia y honradas señoras. Este excelente resultado era debido á la buena vigilancia del administrador adjunto Cr... que conocía perfectamente la sociedad de Luchón.

La condesa de X... á quien ví en seguida, no bailaba. De pié, y con la mano derecha apoyada en el respaldo de una silla, parecía escuchar á Gastón de B... y á algunos otros jóvenes que la rodeaban. Pero su imaginación no debía estar allí; parecía distraída, arrojando miradas furtiva á su alrededor, como si buscase ó esperase á alguno. Si era en mí en quien ella se dignaba pensar, era un trabajo inútil; yo había ya penetrado en el salón, deslizándome poco á poco, ocultándome con maña, lo mismo que un malhechor. Estaba resguardado por un grupo bastante compacto y era invisible para ella.

Pero yo la veía. Podía analizarla, apreciando sus detalles, gracias á su traje mitad de calle y mitad de baile, que es como debe llevarse en un Casino, aun en los días de baile, compuesto de una chaqueta de antigua tela brochada Luis XVI, de color rosa pálido, que caía sobre una falda corta que dibujaba claramente sus formas, modelándola por decirlo así.

Era alta, de talle elegante y esbelto, al mismo tiempo que gruesa. El descote hecho con franqueza y guarnecido de una porción de antiguos encajes, hacía entrever un pecho de gran desarrollo, terso y jóven. Bajo su envoltura aparecían en graciosos contornos sus magníficas caderas; de las mangas de la chaqueta, que terminaban al llegar al codo, salían unos brazos hermosos y finos, que terminaban en unas manos delicadas; por la parte inferior del vestido se podían admirar unos piés preciosos, calzados admirablemente.

Concluído este examen, con objeto de perfeccionar mi estudio, cerré los ojos y tuve la indiscrección, por no decir la imprudencia, de quitar á la Condesa todos sus vestidos, dejándola desnuda con el pensamiento.

La ví entonces como debía ser, como era, y encontraba al mismo tiempo á la otra, á mi desconocida, tal como la había conocido y como la había adivinado.

Eran aquellas mismas formas, aquellos mismos encantos, que tenían á la vez mucho de mujer y mucho de niña, y sobre todo, mucho de la diosa que ha tomado terrestre forma, materializándose para descender entre nosotros.

Ya no podía engañarme á no ser que mis recuerdos me hubiesen engañado, ó fuera víctima de una semejanza extraordinaria y rara, tenía delante la misma mujer. La de ahora era la de entonces.

Terminada mi inspección, me retiré del grupo que me ocultaba y me interné en el salón.

Ella me apercibió en seguida, y se me figuró que se había estremecido. Pero en el momento en que llegué á saludarla había recobrado todo su sangre fría, en el supuesto de que la hubiese perdido.

Me tendió la mano como si ya me contase en el número de sus amigos, y noté que la tenía completamente tranquila.

— ¿No bailáis, Condesa? pregunté des-

pués de haber cambiado algunas frases.

— Espero á que haya menos gente.

— Me hariais el honor entonces de concederme un wals.

— Con mucho gusto, respondió sin vacilar.

Decididamente no me tenía miedo, ó estaba resuelta á no manifestarlo. Permitiéndome bailar con ella, ¿no me suministraba la ocasión de completar mi estudio? Hasta entonces me había tenido que contentar con mirarla, lo mismo que el médico pasea la vista sobre un cuerpo ya cadáver; ahora me iba á ser posible tomarle el pulso y auscultarla.

A eso de las once disminuyó la afluencia de parejas. Algunos se marchaban poco á poco á los salones del *baccarat*, y otros se dirigían á su alojamiento para descansar antes de tomar el baño ó la ducha del siguiente día.

La orquesta lanzó al viento los primeros acordes de un wals. Recordé á la con-

desa X... la promesa que me había hecho, y en el momento estuvo dispuesta á realizarla.

Cuando la conduje al medio del salón esperaba verla colocarse en esa actitud que, aunque parece familiar, hace que el caballero esté de una manera respetuosa, conservando siempre las distancias.

Con la cabeza erguida, el busto rígido y el talle rebelde, siempre dispuesto á escapar, saben sustraerse á una presión algo íntima, pudiendo en rigor decirse que no las lleváis ni bailáis con ellas, sino que son muñecas mecánicas que danzan acompasadamente á vuestro alrededor.

Pero calumniaba á la Condesa. Era demasiado mujer para conducirse como una colegiala y demasiado metida en carnes para ser de palo. Me entregó sin reserva sus manos, su talle y se abandonó con franqueza.

Abusé de este abandono. Impulsado por el rápido torbellino del wals, la música y el calor, aspirando el delicado perfume que se

exhalaba de sus encajes y que me parecía haber respirado en otro tiempo, fascinado por mis otros recuerdos, la apretaba, sin consideración, mi pecho sobre el suyo y mis rodillas contra las suyas.

Entonces, con los ojos medio cerrados, continuaba mi sueño, sumergido en una especie de extásis, haciéndome la ilusión de tenerla toda entera, trémula y medio desnuda como aquella noche.

De cuando en cuando el wals era más lento, y por lo tanto, nuestra rapidez; entonces volvía en mí y la miraba. Una contracción nerviosa arrugaba su frente, su vacilante mirada vagaba en el vacío; temblaban sus fosas nasales y de sus entreabiertos labios rojos y húmedos, salía un aliento que me abrasaba.

Estaba más sensual é inspiraba más deseos que nunca aquella boca que me fascinaba; pero al mismo tiempo me asustaba su sonrisa.

Cómo la otra vez la encontraba altiva,

desdeñosa y me parecía leer en ella una expresión burlona y sarcástica, que me decía: « No hay por qué temerte, se puede una confiar á tí sin ningún peligro, sé lo que vales. »

Concluido el wals acompañé á la condesa X... á su sitio sin pronunciar una palabra.